

E L R E Y F U E R T E

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra

BND

Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra

# El Rey Fuerte

Cantar de gesta de  
Sancho VII de Navarra



por

Marcos Legassa

Ilustraciones  
de Muro Arriza

Pamplona  
Editorial Aramburu

1951

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

ES PROPIEDAD

BND

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

---

**TALLERES EDIT. ARAMBURU-AV. CARLOS III, 14-PAMPLONA**

**D**E los altos valles de la montaña navarra, nos viene este cantar escrito en un español tan seco y rudo, que más que castellano parece ser un dialecto navarro de la estirpe del viejo euskera.

*Dejando a un lado rima y métrica, el cuento corre sin freno ni estribo, como uno de esos caballos medio - salvajes del monte Larrun.*

*Sin embargo, a pesar de sus faltas e incorrecciones, fluye a través de este ingenuo poema, un soplo épico que llega al alma del lector. El amor a Navarra que brota de estos versos hechos a golpe de hacha, quizás sea el único mérito que justifique la publicación de esta obra.*

*Nos ha parecido una razón suficiente.*

LOS EDITORES.

**Les pays qui n'ont pas  
de légendes sont condamnés  
à mourir de froid.**

*Patrice de la Tour du Pin*

BND

**¡GLORIA a Dios**  
que hizo nuestras montañas!  
Con su ayuda cantaré la gesta  
del rey Sancho el Fuerte:  
Cómo por amor y ventura,  
de su reino siendo ausente,  
perdió castillos y tierras  
y por salvar la Cristiandad,  
combatió por sus enemigos  
y les libró de la muerte.  
¡Señores y bellas damas, oíd!  
Aquí empieza el cuento.

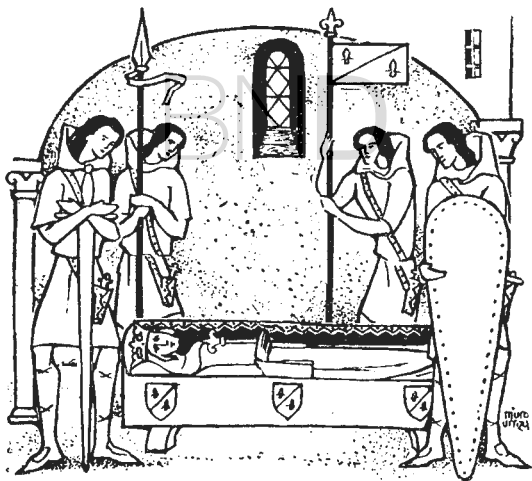
BND  
I

**EL** rey Don Sancho se muere,  
ha muerto Sancho el Sabio.  
Contra Aragón y Castilla  
bien ha guardado la frontera:  
hasta el mar llega Navarra.  
La ciudad de San Sebastián  
de manos del rey difunto



ha recibido su fuero,  
y en las llanuras de Alava  
alza sus muros Vitoria.  
En la gran sala de honor  
del castillo de Pamplona,  
el cuerpo del rey reposa.  
Alrededor del ataúd  
en los puntos cardinales,  
cuatro infanzones de abarca  
se yerguen de día y noche.  
El del Sur lleva el pendón,  
el del Norte la espada,  
el del Oeste el escudo  
y el del Este la lanza.  
El buen rey yace muerto,  
más muerto que las letras  
de los libros que leía,  
y sus enemigos deja  
más vivos que los vientos  
que preceden la galerna.  
Por eso su hijo el rey

Don Sancho Séptimo el Fuerte,  
va sin parar cabalgando  
desde el río Garona  
hasta su reino lejano.  
¡Rey fuerte! ¡Que Dios te guarde!



## II

**E**NTRE Agreda y Tarazona,  
en lo alto de un monte,  
la mesa de los tres reyes  
está puesta bajo un roble.  
Ahí se han sentado  
el rey Alfonso que posee  
las llanuras de Castilla,  
el rey Pedro que manda  
en los montes de Aragón,  
y el rey Sancho el Fuerte  
que reina sobre Navarra,  
el más hermoso reino  
de los noventa y nueve

que hizo Dios en la tierra.  
«Reyes, dijo el rey fuerte,  
bastante guerra hemos hecho  
los unos contra los otros.  
Tan enrojecida se halla  
la frontera de Navarra  
con sangre de los navarros,  
que la creo ya marcada  
por los siglos.  
Reyes, ¡hagamos una paz  
de una vez y por siempre!  
Por mi boca que Dios oiga,  
Navarra no pide nada  
y jamás no le pedirá  
nada al rey de Castilla.  
¡Sea testigo el de Aragón!  
Por mi boca que Dios oiga,  
Navarra no pide nada  
y jamás no le pedirá  
nada al rey de Aragón.  
¡Sea testigo el de Castilla!

**Haced igualmente, reyes,  
y nunca más habrá guerra».  
Así juran los dos reyes.  
Que serán unos perjuros,  
Dios lo sabe.**



# BND

## III

**E**N la ciudad de Granada,  
en tierra de los paganos  
que no creen en la Trinidad,  
ni quieren a Jesucristo,  
llora la hija única  
del rey moro.

Ama al rey de Navarra  
de quien decir ha oído:  
«Es el mejor caballero  
que jamás montó en silla».  
Y por amor a Don Sancho  
dejaría a Alá su Dios,  
a Mahoma su profeta,  
recibiría el bautismo  
en nombre del Padre, del Hijo  
y del Espíritu Santo.  
Que al amor no se le manda,  
ya es verdad comprobada.  
Y los médicos han dicho  
que se morirá de amor  
la hija del rey árabe.  
Noche tras noche el emir  
de quien el sueño se aparta,  
piensa en salvar a su hija.  
Más que a todos sus reinos  
la ama y quiere feliz.

IV

BND

**EN** el gran patio de mármol  
cantan las aguas del monte  
y su música de cristal  
hasta en la ciudad se oye.  
Sentado sobre alfombras  
de seda bordadas de oro,  
al hijo de su hermana  
habla el rey moro:  
«Siempre bien me serviste.



Por sueldo no has tenido  
más que trabajo y peligro.  
Hoy, el día ha llegado  
en que te quiero pagar.  
Toma ese guante mío  
y también ese mensaje.  
Hasta Navarra lejana  
cabalgas a rienda suelta  
y das a Don Sancho su rey  
mi amistad con el guante  
y después, ese mensaje.  
Si vuelves aquí con el rey  
habrás salvado a mi hija  
y a la paz que conviene  
a los años de mi vejez.  
¡Loor a Dios, si así es!»  
Enacer, joven sobrino  
del viejísimo rey moro  
responde: «Ya he oído,  
está bien. Iré a Pamplona  
y daré al rey Don Sancho

el guante con el mensaje.  
Por el amor que os tengo  
volveré con el rey fuerte.  
¡Loor a Dios, así será!\*



**A**LEGRE está Pamplona.  
En los balcones, pendones  
sábanas blancas y ramas.  
Para celebrar la paz  
con Aragón y Castilla  
todo el reino de Navarra  
ha bajado a Iruña.  
Montado en un caballo  
con silla muy trabajada

en las calles ha entrado  
el rey Sancho.

«¡Navarra por el rey fuerte  
y Pamplona por Don Sancho!»  
gritan las voces del pueblo  
y las campanas repiten  
y gritan hasta el cielo:

«¡Navarra por el rey fuerte  
y Pamplona por Don Sancho!»

En la gran sala de fiestas  
del castillo de Pamplona,  
tantas luces brillan  
sobre platos y vasos de plata,  
que parece iluminada  
por estrellas.

Sobre las losas de piedra  
puestas están las mesas.

De las cocinas se oye  
el ruido continuo de hachas  
cortando huesos y carne  
y las cadenas de hierro

**girando encima del fuego.  
El mayordomo hace sonar  
albogues y chirimías  
y por todos los pasillos  
los criados van gritando  
a damas y caballeros:  
«¡Id a la mesa del rey!»**



VI

**E**N lo alto de la mesa  
el rey Don Sancho escucha  
el versolari que canta  
en la lengua de los vascos  
Cuando se acaba el canto  
se presenta el mensajero  
del rey moro.  
Enacer se adelanta  
hacia el rey y dice:

«¡Saludo en nombre del Dios  
único y gloria a El!  
Escucha lo que os pide  
el emir de los creyentes  
que en Granada reside;  
su hija os quiere de amor  
y de no veros, se muere».  
Oyendo tal maravilla  
se maravilla la gente;  
grandes y largos murmullos  
se esparcen por la sala.  
Sin inmutarse Enacer  
prosigue con su mensaje:  
«Señor rey, mi rey os pide  
por el amor de su hija,  
de ser su honrado huésped  
en su tierra de Granada,  
y si así os conviene  
de casaros con mi prima,  
fijar podréis una dote  
en ciudades, oro y hombres».

Después Enacer se calló  
y con voz más baja, dijo:  
«Por el amor que os tiene  
tomará también vuestro Dios.  
Mi prima se hará cristiana,  
señor rey, a su llegada.»





## VII

«**P**OR Dios, gritó el rey fuerte,  
aventura más hermosa  
vivir ya no se puede  
por toda la tierra de España.  
Maldito seré yo, y maldito  
en los tiempos venideros  
sería el caballero  
que se negara a cumplir  
tan increíble demanda.  
Ahora que la paz ha vuelto

puedo dejar a mi reino.  
¡Dios me lo guardará!»  
Se levanta, hace sentar  
al enviado del rey moro  
y servir gran copa de vino  
del buen vino de Navarra.  
A los navarros, ahora,  
con voz alta, habla claro:  
«Navarros, debéis elegir  
un hombre anciano y sabio  
para que cuide del reino».  
Todos aclaman a una  
al obispo de Pamplona.  
«Reverendísimo señor,  
dice entonces Don Sancho,  
dejo yo en vuestras manos  
a mi querida Navarra.  
Señores y caballeros  
que quedáis en el mi reino,  
os mando que le acatéis  
como si fuera yo mismo».

**El rey sale del castillo  
con el sobrino del emir  
y emprende su camino.  
Ilusionado se marcha  
hacia la más triste aventura  
que jamás rey ha vivido.**



## VIII

**S**EÑORES, tenéis que saber  
que en aquel largo viaje  
de nuestro rey de Navarra  
por las tierras musulmanas,  
solo le acompañaba  
Iñigo de Guztizederra.  
Y aquí el cuento se calla  
de nuestro buen rey Don Sancho  
y narra lo que debéis saber  
de los de Guztizederra.

En tiempos del rey Abarca  
en lo alto del Jaizquibel,  
en una choza vivía  
la hija de un leñador.

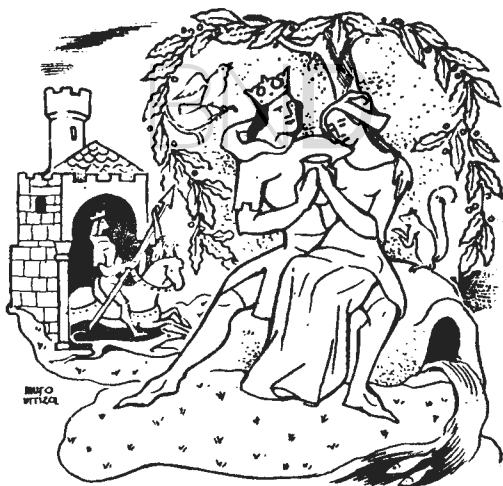
Miren era su nombre.  
A los pies de la montaña  
toda cubierta de selvas,  
un viejo rey de Navarra  
un castillo levantó.  
A él venía Abarca  
cuando cazaba ciervos  
o los lobos acosaba,  
cabalgando día y noche,  
invierno como verano,  
desde la punta de Higuer  
hasta el puerto de Oyarso.  
Un día que sed tenía  
se acercó a un río,  
guiándose por oído  
con el murmullo del agua.  
Vió allí una moza  
tan guapa que nunca jamás  
el rey Abarca otra conoció.  
Se llegó a donde estaba  
y bebió la jarra de agua

que la joven le ofreció.  
Era Miren.  
Muchas veces el rey volvió  
para beber a la fuente,  
y como desconocía  
de la joven moza el nombre  
la llamó Guztizederra.  
Es así como en vascuence  
hermosísima se dice.  
En lo profundo del bosque  
que de sus mil ramas cubre  
las vertientes del Jaizquibel,  
a gran placer los amantes  
llevaron su amor oculto.  
Un día de primavera  
estando ausente Abarca  
Miren dió a luz a un niño.  
Tomándole entre sus brazos  
de ésta manera le habló:  
«Hijo; inocentemente  
has matado a tu madre,

pero el rey te guardará  
por ser tu natural padre».  
Le dió un beso y murió.  
Desesperado, Abarca  
recogió al huérfano.  
Le crió en Fuenterrabia  
en su castillo de caza.  
En honor de Iñigo Arista,  
el primer rey de Navarra,  
ese nombre dió al varón.  
«Si hubiera vivido tu madre,  
decía el rey Abarca,  
a Iñigo el infante,  
la hubiese hecho reina».  
De los dominios reales  
acotó la bella selva  
donde antaño con Miren  
tanto le gustaba errar.  
Le llamó Guztizederra.  
En dote le dió a Iñigo,  
que desde ese día fué

Iñigo de Guztizederra,  
como después de él sus hijos  
y todos sus descendientes.

Ahora que sabéis todo  
del amigo del rey Fuerte,  
volveremos ya, señores,  
a su viaje a Granada.





IX

**U**N buen día, el rey fuerte  
de lo alto de un monte,  
oteó en el horizonte  
los blancos muros de una ciudad.  
Enacer al rey le mostró  
y dijo: «¡Señor! ¡Granada!»  
Por toda la ciudad mora  
corrió la nueva del arribo  
del rey Sancho de Navarra.

Todos, pobres y ricos,  
hombres, mujeres y niños,  
se apiñan en las plazas  
y llenan las callejuelas.  
Como las blancas fachadas  
de los caseríos vascos  
en septiembre están tapadas  
por los racimos de uva,  
las terrazas de las casas,  
las cúpulas moriscas,  
y las torres almenadas,  
desaparecen bajo el enjambre  
de granadinos curiosos.  
Lentamente el rey Sancho  
por la muchedumbre avanza.  
Es alto de porte,  
agraciado y sonriente.  
Todos le vitorean  
en la lengua de Mahoma.

BND

X

**E**NACER precediéndoles,  
el rey Fuerte e Iñigo,  
atraviesan las murallas  
y las puertas de la Alhambra.  
Avanzan por el dédalo  
de los patios y jardines.

Están cantando en las pilas  
alegremente las aguas.  
En una sala de mármol  
el emir de los infieles  
y Don Sancho de Navarra  
en silencio se saludan.  
Entre ambos está Enacer.  
Devuelve el guante a su tío;  
bien cumplió su misión.  
Entonces se adelanta  
la hija del rey árabe;  
muy pálida y macilenta  
camina alta y erguida.  
Con amor sus grandes ojos,  
ojos negros y brillantes,  
miran al buen caballero  
a quien quiere por esposo.  
Viéndola el rey Don Sancho  
siente una inmensa alegría.  
Sin decir una palabra  
los dos se están mirando.

Se miran y se contemplan  
sin más saber lo que hacen.  
Conmovidos, los presentes  
permanecen silenciosos.  
Solo se oyen en las fuentes  
los gorgoritos del agua.  
Iñigo de Guztizederra  
en hablar es el primero.  
Se acuerda de que Enacer  
en Pamplona había dicho,  
que a la hora de llegar  
recibiría el bautizo  
la hija del rey árabe.  
La princesa se arrodilla  
en signo de aceptación.  
Pero el rey fascinado  
no puede hacer un gesto.  
Entonces en sus manos  
de la fuente más cercana,  
Iñigo recoge agua  
y la vierte en la frente

**de la princesa árabe.  
«Te bautizo en nombre  
del Padre, del Hijo  
y del Espíritu Santo».  
Se para, mira a Don Sancho  
y termina: «Te llamarás  
Sancia. Amén».**



## XI

**E**n el alba temblorosa  
cuando Dios nacer ha mandado  
al sol por el Oriente,  
la hija del rey árabe  
baja a los patios dormidos  
de la Alhambra.  
Va a lo largo del estanque  
y al pie de un naranjo  
ensimismada se queda.  
En el espejo del agua  
súbitamente descubre,  
inclinada sobre ella,

la figura del rey Sancho.  
Se estremece la princesa.  
De confusión sus mejillas  
blancas, se ruborizan.  
Así más bella parece.  
Del árbol, el rey Don Sancho  
una naranja recoge.  
«Sancia, dice, para veros  
he dejado mi reino  
y tantas leguas he andado  
que contarlas ya no puedo.  
Pero ahora creo yo  
que aún más hazañas haría  
y haría solamente  
por ser hueso de esta fruta».  
«Gentil señor, dijo Sancia,  
tan vehemente he deseado  
que llegarais a mi lado,  
que ni esta misma naranja  
comer hubiera podido».  
Cuando alto se hallaba



en el firmamento el sol,  
las esclavas que llegaron,  
al patio del estanque,  
encontraron al rey Sancho  
y a la hija del rey moro,  
hablando y riéndose  
como dos buenos hermanos.



## XII

**V**IEJO era el rey moro,  
blanca como nieve su barba.  
Por el amor que tenía  
a su hija única  
a morir se resistía.  
Pero después del arribo  
del rey Sancho a Granada,  
cesó el emir de luchar  
contra el destino fatal  
y un buen día murió.  
Mahoma, hermano de Sancia  
y sucesor del difunto

no era más que un niño.  
Por eso las tribus de Africa  
contra él se sublevaron  
y en Andalucía misma  
hubo revueltas y guerras.  
Enacer y los visires  
al rey Don Sancho vinieron:  
«Señor rey, dijo Enacer,  
lo que ahora sucede  
en las tierras de Africa  
todos aquí lo preveíamos.  
Por eso aconsejamos  
al emir que se aviniese  
a que su hija se uniera  
con el cristiano que amaba.  
Así salvamos la vida,  
no solo de la princesa,  
pero también la del reino,  
metiendo en nuestro campo  
el mejor guerrero del tiempo.  
Señor rey, si amais a Sancia,

no dejeis a su hermano  
en gran peligro de perder  
su corona y su vida».  
Oyendo esta súplica  
de la boca de Enacer,  
se conmovió el rey fuerte  
«Qué quereis de mí, Enacer?»  
«Señor rey, respondió éste,  
vos prometeis no casaros  
con nuestra joven princesa  
ni llevarla a Navarra,  
hasta que su hermano  
sea firme en el trono?»  
En el pomo de su espada,  
lo juró el rey Don Sancho.

### XIII

**I**ñigo de guztizederra.  
habla al rey de Navarra:  
«¡Rey don Sancho! ¡Rey don Sancho!  
casaos con Doña Sancia  
si tal es vuestro deseo.  
Pero no expongais la vida  
al azar de una guerra,  
cuando ya habeis ganado  
lo que habíais pretendido».  
«Iñigo, responde el rey,  
nunca será caballero  
pero antes bien mercader;

abandonar el camino  
para tomar el atajo».

Muy gran pena tuvo Sancia  
de la ida de Don Sancho,  
pero no quiso mostrarla.  
Sin dar signo de emoción,  
puso al rey la capa  
y le ajustó el yelmo.  
En tierra, arrodillada,  
le abrochó las espuelas.  
De pie le dió su espada  
con reliquias de San Fermín,  
encerradas en el pomo,  
y después así le habló:  
«Que su Dios, que es el mío,  
os otorgue grande fama.  
Ahora si así quereis  
darme un beso podeis».  
Y el rey, uno tras otro,  
en la boca siete le dió.

## XIV

**A**sí partió el rey Sancho  
a guerrear en Africa,  
y es verdad que quería  
las batallas y aventuras  
más que todo en el mundo,  
salvo la princesa mora  
por la que su joven corazón  
en cien llamas ardía.  
Pero de esas andanzas  
del rey fuerte en Africa,  
el cuento no dice nada.

**Solo narra que Don Sancho  
tenía a Enacer en la diestra  
y a Iñigo en la izquierda.  
Y ahora dejamos al rey  
en su guerra de Africa  
y volvamos a Navarra  
reina en guerra sin su rey.**





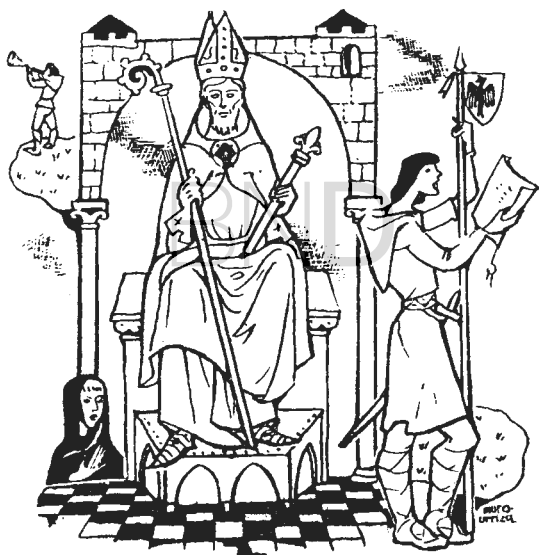
## XV

**C**uando el rey de Castilla  
y Don Pedro de Aragón  
un día se enteraron  
de que el rey de Navarra  
había ido a Granada,  
se alegraron.

Cuando supieron que Sancho  
había pasado a Africa,  
de prisa hicieron un tratado  
para repartirse el reino,  
y Navarra invadieron.  
Fué la mayor traición

cometida por dos reyes  
ungidos delante de Dios,  
y obligados a guardar paz  
por juramento prestado  
sobre los libros sagrados.  
El obispo de Pamplona,  
que en ausencia del rey Sancho,  
a Navarra gobernaba,  
mandó proclamar un bando  
dando orden a los hombres  
de tomar armas y echar  
del reino al enemigo.  
Entonces Navarra la roja,  
al este y sur de Pamplona  
se llenó de grandes proezas.  
Y de las altas montañas  
con ímpetu torrencial,  
bajaron jóvenes y viejos  
por acudir en defensa  
de las ciudades y villas  
de las llanuras navarras.

La guadaña de la muerte  
sobre el reino se abatió,  
y no ahorró sus golpes  
en la Navarra entera.



## XVI

**P**or todas sus heridas,  
Navarra está sangrando.  
En la estéril Africa  
guerreando su soberano.  
A la hora del crepúsculo,  
tiene costumbre Don Sancho,  
de subir a lo más alto  
de las dunas del desierto.  
Delante de los ojos del rey  
se extiende el tapiz  
del arenal color de oro.  
El hambre, la sed y el sol,

atormentan al rey fuerte.  
Por engaño del espejeo,  
de repente le aparecen  
los verdes montes de Navarra,  
el palacio de Pamplona,  
y el castillo de caza  
que Sancho Abarca tenía  
en los bosques del Jaizquibel.  
Una gran nostalgia llena  
el corazón del rey fuerte.  
«¡Navarra! ¡Oh tierra vasca!»  
dice, y llora amargamente.



## XVII

**¡O**h cuan larga es tu pena,  
Navarra de mis montañas!  
Por todas partes atacado  
y sin rey para mandarle,  
el viejo reino combate  
con vigor desesperado.  
En las llanuras de Alava,  
Vitoria, la ciudad fuerte,  
desde meses, sitiada,  
a capitular se niega.  
En Pamplona, el obispo,  
que del reino tiene el mando,

ve las fuerzas de Navarra  
agotarse sin recursos,  
vaciar el tesoro,  
y cada día alejarse  
la esperanza de salvar  
la leal ciudad de Alava.  
En el convento de Leyre,  
donde yacen los cuerpos  
de los reyes de Navarra,  
el lugar-teniente del rey  
reune a los ricohombres,  
infanzones de abarca  
y alcaldes de los valles.  
Así habla el obispo:  
«¡Hermanos en Jesucristo,  
que Dios os salve las almas  
y la Virgen os proteja!  
En su tiempo testigos fuisteis  
de lo que hizo Don Sancho:  
su reino me dió a guardar.  
Sabeis también que Vitoria,

está hoy en gran peligro  
de caer en las manos  
de Castilla y de Aragón.  
Por eso os he llamado,  
A Vitoria voy a irme,  
y no rendiré la ciudad  
hasta mandamiento del rey.  
¡Altos señores!, os dejo  
el mando de nuestro reino  
y os ruego pedir al rey,  
en la Africa lejana,  
de volverse a Navarra  
para salvar Vitoria,  
u otorgar el permiso  
de entregar a la ciudad». .  
Cuando les deja el obispo,  
todos lloran, pero todos  
también se enorgullecen,  
porque solo en Navarra,  
se ve semejante anciano.



## XVIII

**E**nferma ha caído Sancia  
y mensajeros han ido  
para buscar a Don Sancho  
y traerlo a Granada.  
Herida está Navarra  
y mensajeros han ido  
para buscar el Rey Fuerte  
y traerlo a su reino.  
En Granada está el rey  
por Doña Sancia llamado,  
cuando llegan de Navarra  
los enviados del Obispo.  
«Señor rey, le dice uno  
de los ricohombres navarros,  
el obispo de Pamplona  
os envía su saludo

y os dice por mi boca,  
que rodeado de enemigos,  
y en gran peligro de perder  
la ciudad de Vitoria  
y la vida de su gente,  
no pedirá merced nunca  
por el reino de Navarra  
si así el rey no manda.  
¡Señor! os dice también  
el obispo de Pamplona,  
que si negais el permiso  
de entregar a Vitoria,  
o no volveis a Navarra  
para salvar vuestro reino,  
todos morirán contentos  
por el honor del señor rey». **BND**  
Oyendo esas palabras,  
el rey Sancho se levanta  
y en el silencio atraviesa  
la larga terraza  
de tejos toda plantada.

En su mano derecha aprieta,  
el pomo de la espada,  
donde están encerradas  
las reliquias de San Fermín.  
Sobre ellas, ha jurado  
de no volver a Navarra,  
antes de haber sometido  
los enemigos del emir.



## XIX

**E**l calor es sofocante,  
un débil viento agita  
los tejos de ramas secas.  
No se oye más que el ruido  
de las aguas en las fuentes.  
Entonces llegó el tercer  
mensajero de desgracias.  
Viene corriendo y se echa  
a las plantas del rey Sancho.  
«Malas nuevas os traigo  
de las tierras africanas.  
Las tropas que habeis dejado

al mando de Don Iñigo  
y de Enacer, vencidas son».

El rey oye la noticia  
y tiembla todo su cuerpo.

A grandes pasos vuelve  
hacia los buenos navarros  
y sin mirar a ninguno  
de una tirada dice:

«Podeis volver a Navarra,  
a decir al fiel obispo,  
que le otorgo permiso  
de entregar a Vitoria».

Y se fué el rey Don Sancho,  
su cuerpo alto, erguido,  
en el cielo de Andalucía.

## XX

**V**itoria se ha entregado.  
En la Africa lejana,  
a grandes golpes de espada,  
el rey prosigue su guerra.  
Salva a Enacer y a Iñigo,  
otro ejército levanta,  
y se torna al desierto.  
Entonces Dios mandó al rey  
la más terrible desgracia  
de su vida: murió Sancia.  
Hasta el último aliento,  
por Sancho estaba pidiendo.

«¡Dios del rey don Sancho  
guárdale en vida  
de mal y de pena!  
¡Por él, Cristo Jesús  
en tu santo nombre  
me he bautizado!  
¡Creo en tí, Señor  
y en tu promesa!  
Nos separas vivos;  
muertos nos juntarás».  
Ya muerta está Sancia  
y Dios recoge su alma.



## XXI

**E**l rey Sancho de Navarra  
ha cumplido lo jurado.  
Ha vencido a los rebeldes  
y asegurado en el trono  
al hijo del emir muerto.  
La aventura arria sus velas  
y la nave del rey fuerte  
entra en las aguas quietas,  
del gran puerto de Málaga.  
Muy de prisa con Iñigo,  
Don Sancho corre hasta Sancia.  
Por las calles de Granada  
cabalga a rienda suelta.  
En la torre la más alta,  
la más alta de la Alhambra  
yace el cuerpo de Sancia.  
El rey sube y la contempla,  
largo tiempo la está contemplando,  
con sus dos ojos clavados  
en el rostro de la muerta,



pero ninguna lágrima  
corre por sus mejillas.  
La besa en la frente, baja,  
atraviesa los jardines  
los palacios y los patios.  
Las cien fuentes de la Alhambra  
lloran por todos sus pasos.  
¡Ay del eterno llanto  
de las aguas de Granada!



## XXII

**E**l río corre rápido  
ancho y luminoso.  
A la luz de la luna,  
a largas paladas de remos  
una nave avanza  
de una orilla a la otra.  
De pié en la popa, el rey  
escucha en la noche,  
el sordo ruido del Ebro,  
rodando sus aguas  
al límite de su reino.  
El río corre potente,  
con su fuerza, derivando

el barco de su curso,  
pero los hombres que reman,  
no abandonan su rumbo.  
Suavemente, la nave  
aborda la orilla vasca.  
De un salto el rey Sancho  
se ha lanzado a tierra  
y llorando la abraza:  
«¡Ay tierra vasca, mi tierra!».  
Sombras se acercan en la noche,  
y al borde del río, que sigue  
impasible su marcha,  
el rey Sancho recibe  
homenaje de los suyos.  
Por los caminos desiertos  
de su reino de Navarra,  
el rey fuerte, muy deprisa,  
hasta Pamplona cabalga.

## XXIII

**E**n las altas ventanas  
del castillo de Pamplona,  
brillan los primeros rayos del sol.  
La ciudad navarra duerme.  
El rey Don Sancho, sin hablar,  
se apea del caballo  
y entra en la gran sala.  
Cabizbajos, sus servidores,  
le vienen a saludar:  
«Señor, si hubieseis estado...»  
Sin contestar sigue el rey,  
da asiento a cada uno

en la mesa del Consejo  
y escucha.  
«Navarra no tiene aliados,  
ni ejércitos potentes.  
Vacío está su tesoro.  
Perdida está Vitoria  
y perdido San Sebastián.  
De nuevo Castilla tiene  
los montes de Guipúzcoa  
y los llanos de Alava».  
El rey despide a los presentes  
y con Iñigo se queda  
en la mesa del Consejo.  
Un rayo de sol dibuja,  
en las losas de la sala,  
una triste raya blanca.  
«Sancia» murmura Don Sancho,  
y el agua del corazón  
corre por su rostro.

## XXIV

**A**l lado de un gran fuego  
el rey escucha al obispo.  
«¿Por qué te marchaste, Sancho?  
¿Qué locura te empujó,  
llamado por una mora,  
a irte hasta Granada?  
¿Por qué te has escapado  
del reino? Tú, el rey...»  
«Porque me encerraban las montañas,  
porque pedía aventuras mi sangre».  
«¿Pero esa sangre, Sancho,  
no estaba destinada

a defender tus montañas?  
¿Para volver a Navarra  
había de ser necesaria  
la muerte de Doña Sancia?»  
«No sé! Es lejos de aquí,  
es en la soledad del desierto,  
donde más he querido a mi país.  
Entonces, he comprendido  
cuanto amaba a Navarra.  
Pero también la aventura  
me tentaba. Cabalgaba  
a través de reinos inmensos.  
Allí pueblos sin número  
se sometieron a mi espada.  
Aquí todo es estrecho.  
No hay en los otros reyes  
más que traición y felonía.  
Pertenezco a un pueblo  
que necesita el viento puro  
del riesgo para vivir,  
y que muere si se le encierra

en los juegos de la intriga». Entre el rey y el obispo se alzó una llama alta. «Sancho, ¿estás ya contento de haber vuelto a Navarra? «Sí; pero siento todavía el aliento caliente del desierto en mi rostro, y en mis labios el gusto áspero y fuerte del riesgo».

BND





## XXV

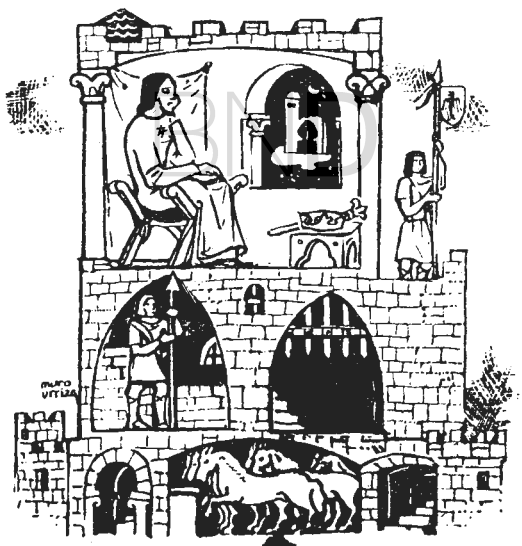
**E**n los tiempos del pasado,  
y en Navarra antaño,  
siete veces en el año,  
en Pascua, en Ascensión,  
en San Fermín de Pamplona,  
en Pentecostés y en Asunción,  
en día de Todos los Santos  
y en la Navidad de Cristo,  
los reyes tenían corte  
y llevaban la corona.  
Y la más honrada fiesta  
era la fiesta de San Fermín,

que trajo en tierra vasca  
la buena nueva que Jesús  
nos había librado del poder  
de los males del infierno,  
en nombre del Padre, del Hijo  
y del Espíritu Santo.  
Pero Don Sancho el Fuerte  
no quiso tener más corte.  
Se encerró en Tudela,  
al límite de su reino.  
Allí pasó muchos años  
sin salir desesperado,  
por haber perdido juntos  
el gran amor de su vida  
y la mitad de su reino.

## XXVI

**E**n las cuadras de Tudela  
pifan los cien caballos  
del mejor caballero  
que jamás montó en silla.  
En toda la morería los moros  
se embarcan para España.  
En los puertos de Andalucía  
llegan las naves árabes  
llenas de soldados moros,  
príncipes y caballeros.  
Por Alá y por Mahoma  
van a conquistar España.

El rey de Castilla tiembla,  
la frontera de su reino  
linda con la de los moros.  
A todos los reyes cristianos  
pide socorro y ayuda,  
y todos mandan soldados,  
príncipes y caballeros.  
Todos sí, menos Navarra.



XXVII

**R**odrigo Ximénez de Rada,  
arzobispo de Toledo,  
que por nacimiento era  
súbdito del rey Don Sancho,  
navarro de sangre y hueso,  
se ha ido a Tudela.  
Va a pedir por Castilla  
ayuda al rey que posée  
la tierra donde él nació.

Escuchad lo que le dice:  
«Señor rey, mi paisano,  
vengo a pedir ayuda,  
no para el rey Don Alfonso,  
pero sí para Castilla».  
El rey Don Sancho responde:  
«No me importa el saludo  
del señor rey Don Alfonso,  
ni tampoco me importa  
el porvenir de Castilla».  
El arzobispo replica:  
«Como rey hablarás así,  
pero como navarro, nó.  
Ya olvidas que Navarra  
es la madre de Castilla,  
y también la de Aragón.  
Es el rey Sancho el Mayor,  
el mejor rey de Navarra  
entre tus antepasados,  
quien hizo reino a Castilla  
y fundó el de Aragón.

Navarra les dió la vida,  
no les puede dejar morir».  
El rey Don Sancho respondió:  
«Si son hijos de Navarra,  
los dos reinos que has dicho,  
muy malos hijos tenemos.  
Robaron en su ausencia  
los bienes de su madre.  
Por eso reniego de ellos  
y más quiero a los moros».  
El arzobispo replicó:  
«Hablarás así como hombre  
pero como cristiano nó.  
Siempre ha sido Navarra  
escudo de Jesucristo.  
Si no quieres a Castilla  
piensa en los castellanos,  
que en el Cristo sois hermanos».  
«Es justo, dijo Iñigo.  
Es verdad, señor Don Sancho».  
El rey miró a Iñigo

**se levantó, y silencioso  
permaneció largo tiempo.  
Volvió al arzobispo  
y dijo: «¡Iré! Señor,  
pero no combatiré.  
Iñigo tendrá el mando  
de las tropas de Navarra».**

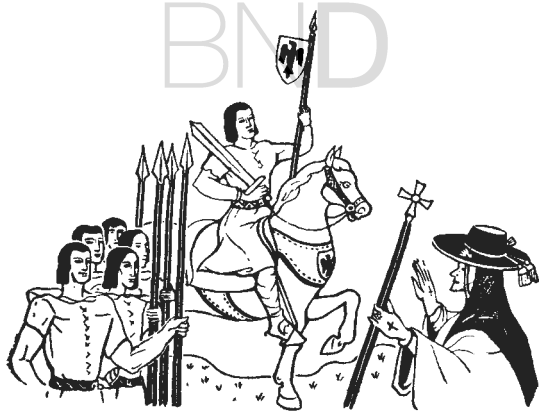




## XXVIII

**A**l pie de Sierra Morena,  
en las Navas de Tolosa,  
los cristianos plantaron  
el campamento de tropas.  
La batalla se acercaba,  
pero nadie sabía nada  
del rey Sancho de Navarra.  
Un día aparecieron  
en un bosque los refuerzos.  
«¿Qué pendones son aquellos,  
que están en el olivar?»  
preguntaron los cristianos.

«El rey Sancho y Navarra!»  
contestó Guztizederra,  
y entró en el campamento  
llevando alto el pendón  
del reino con el águila.



Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra

## XXIX

**P**or el Cristo o por Alá,  
por los reyes o el emir,  
los dos ejércitos luchan  
y los guerreros se matan.  
¡Cuántos golpes de espada,  
cuántas flechas, cuántas lanzas,  
cuántas heroicas cargas,  
cuántas cabalgadas locas,  
cuántas heridas sangrientas,  
cuántos gritos de odio y rabia,  
cuántos de victoria y asalto,  
cuánto valor ya perdido,  
cuánta suerte mala o buena,  
y cuántos muertos caídos,

y cuántos hombres sin vida,  
cuántas viudas y huérfanos,  
cuánta sangre derramada,  
cuántos lloros y lágrimas,  
cuánto dolor, bajo el cielo,  
de las Navas de Tolosa!

En medio de la batalla,  
Enacer a la cabeza  
de las tropas granadinas,  
se encuentra con Iñigo,  
que manda a los navarros.  
Enacer es joven y fuerte,  
Iñigo hábil, prudente.  
Se golpean bravamente.  
Entonces tropezó el caballo  
del jefe de los navarros,  
y sin quererlo, Enacer  
le dió el golpe de muerte.  
Ya muerto está Iñigo  
y Dios recoge su alma.

### XXX

**A**l rey Sancho de Navarra  
llevan el cuerpo de Iñigo.  
El rey sale de su tienda.  
Tristemente se lamenta:  
«Esta tierra de Andalucía,  
dura ha sido para mí.  
Aquí he perdido a Sancia,  
aquí se muere Iñigo».  
Don Sancho abraza al muerto,  
y cariñosamente, reza  
sobre su cuerpo, el adiós.  
«¡Hermano, hermano mío!

¡Ay de mi fiel compañero!  
Tantos meses, tantos años,  
tan juntos vivíamos,  
que en la hora de tu muerte,  
llevas contigo dos vidas».  
Hablar más ya no puede.  
A la roja sangre del muerto  
se mezclan las lágrimas del rey fuerte.  
«¡Al combate! ¡Al combate,  
navarros!» grita levantándose  
Don Sancho.  
Por todo el campamento,  
llama a los infanzones  
que la edad ha apartado  
del combate, y que cuidan  
las armas de sus padres.  
Y los jóvenes del Baztán,  
que jugaban a las damas,  
oyendo el grito del rey,  
con tanta fuerza arrojaron,  
para tomar las armas,

el tablero blanco y negro,  
que por orden de Don Sancho,  
se grabó en el escudo  
del noble valle del Baztán.



## XXXI

**A**lrededor de la tienda  
del emir de los árabes,  
una cadena de hierro  
detiene los asaltos.

¡Cuántos cristianos mueren allí!  
Llega el rey de Navarra,  
echa al suelo su espada,  
con la fuerza de sus brazos,  
rompe la cadena en pedazos.  
Con los cachos en la mano,  
lentamente avanza,  
haciendo una pila de muertos



al paso de su caballo.  
Entonces encuentra a Enacer  
que en la derrota mora,  
lucha sin más esperanza.  
Las cadenas del rey fuerte  
le hirieron en la frente.  
Enacer cae al suelo,  
su rostro ensangrentado.  
Ya no se puede levantar.  
«¡Alá, ayúdame Alá!»  
Con esas palabras su alma  
se va donde van las almas  
de los que ignoran a Cristo.  
El rey Sancho ha oído,  
y llora bajo su yelmo.

## XXXII

**E**n las Navas de Tolosa  
están reunidos  
el botín y los tesoros  
cogidos en la batalla.  
El ejército cristiano  
campea en las alturas.  
Al lado del arzobispo,  
están el rey de Castilla  
y también el de Aragón,  
y el señor de Vizcaya  
y los príncipes de fuera.  
Todos en silencio esperan

al rey fuerte de Navarra.  
Ahora llega Don Sancho,  
solo, sin pendón ni lanza.  
«El honor de la victoria,  
es a vos, rey Don Sancho»,  
le dice el arzobispo.  
«En verdad, ayer, Navarra  
ha salvado a España.  
Ella ha de elegir primera,  
los trofeos del combate».  
El rey Don Sancho enseñó  
los trozos de las cadenas  
de la tienda del rey moro,  
y dijo: «Esto es lo que quiero yo».  
Oyendo estas palabras  
todos se asombran.  
Grandes y fuertes murmullos  
se esparcen por el campo.  
El arzobispo pregunta:  
«¿Rey Don Sancho, qué vais a hacer  
de estos trozos de cadena?»

«Les colocaré en el blasón  
de mi reino de Navarra»,  
replicó el rey Don Sancho.  
Y así os acordaréis todos  
que fué Navarra quien rompió  
las cadenas que forjaron  
los moros para España».   
Dice, y sin más palabra,  
da la vuelta y se marcha.

«¡Ay cadenas de Navarra  
bajo la real corona,  
sobre el fondo ensangrentado  
de las Navas de Tolosa!».



Se autoriza la copia para la investigación.  
© Gobierno de Navarra

### XXXIII

**E**n la ciudad de Tudela,  
desde años encerrado  
vive el rey de Navarra.  
Don Sancho Sánchez, Séptimo.  
El rey joven de Aragón  
una noche se presenta  
a la puerta del castillo:  
«¡Rey Don Sancho! ¡rey Don Sancho!,  
la hora del castigo llega.  
Se ha muerto el rey ladrón  
Don Alfonso, de Castilla.  
El nuevo rey es un niño.

Armaos y llevad gente,  
soldados y caballeros:  
Castilla está en tus manos».  
El viejo rey de Navarra  
sacude su cabellera:  
«¡No iré, no, don Jaime!  
Invadir un reino sin rey,  
robar la corona a un niño,  
son cosas que hace el ladrón  
y no el rey de Navarra.  
Soy el último rey,  
el último de mi raza.  
No quiero manchar ahora  
el nombre de los Aristas».  
Entonces Jaime replicó:  
«Tu reino, Sancho el Fuerte,  
ya no es de este mundo».

### XXXIV

**A** la puerta del castillo  
de la ciudad de Tudela,  
otro joven se presenta:  
«Rey Don Sancho, rey Don Sancho,  
soy yo un Guztizederra,  
sobrino carnal de Iñigo».  
El anciano rey le abraza:  
«Infanzón, hablad sin miedo».  
«Rey Don Sancho, he venido  
de las tierras de Guipúzcoa,  
para pedir vuestra venia.  
Aunque está sometida

a Castilla y a su rey,  
Guipúzcoa pertenecerá  
siendo del Rey de Navarra».  
«Infanzón hablad, sin miedo»,  
contestó el viejo rey vasco.  
«Rey Don Sancho, marineros  
de la costa nos han dicho  
que, lejos, en la alta mar,  
vieron unas tierras nuevas.  
Somos muchos en Guipúzcoa,  
que buscamos la aventura,  
y que al mar partiríamos  
para intentar la fortuna.  
Pero, Señor Rey Don Sancho,  
si le faltan nuestros brazos  
para vengar la afrenta  
que a vos hizo Castilla,  
y reconquistar las tierras,  
que entonces os robaron,  
no iremos, en el país quedaremos».  
«¡Id! ¡Id!, jóvenes vascos,



id en busca de aventura!  
¡Ese es el reino del vasco!  
El joven rey de Aragón  
esta noche me ha dicho,  
que el reino de Don Sancho  
ya no es de este mundo.  
Quizás, esas tierras del mar  
que vieron tus marineros,  
quizás, es el nuevo mundo  
donde me espera mi reino.  
¡Id! jóvenes vascos, id!  
mi alma os acompaña».  
Se marchó Guztizederra,  
y en este mismo día  
murió Don Sancho Séptimo,  
el Rey fuerte de Navarra.

Entonces, en la alta mar,  
las tres olas legendarias,  
con clamor hasta los cielos  
se levantaron inmensas.

La primera era de leche,  
la segunda de lágrimas  
y la tercera de sangre;  
al chocar contra las rocas  
de la dura realidad,  
se volvieron a la nada  
convertidas en espuma.



Viento que soplas de Roncesvalles,  
por los caminos de España,  
borracho de historia,  
con ruido de cadenas,  
tú, viento, me has llevado  
por las azares del cantar,  
hoja caída de la leyenda,  
hasta el final del cuento.

Ahora, me despido de vos,  
señores y bellas damas.  
Si me quereis dar dinero,  
pronto será del ventero.  
¡A Dios, gracias!